

LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE: UN LIDERAZGO EN TRANSFORMACIÓN

American Hegemony: A Leadership under Transformation

MARÍA SOFÍA MEIJIDE HOFFMANN¹

Resumen: En los últimos años, y principalmente en la “Era Trump”, la sociedad norteamericana dejó en evidencia que quizás no hay consenso suficiente como para respaldar los costos sociales que supone la hegemonía. En el caso de los Estados Unidos, esta hegemonía se construye, entre otras cosas, a partir de su preeminente presencia militar en el mundo, su alta inversión económica en los organismos internacionales, ser el centro financiero internacional y ser el principal promotor de los ideales democráticos y liberales alrededor del mundo. La hegemonía estadounidense está siendo desafiada por el nacionalismo de su propia sociedad y, a su vez, por las nuevas capacidades de otras potencias mundiales. En este contexto existen varios escenarios potenciales. El país norteamericano tendrá que decidir si mantiene el *statu quo*, opta por dar un paso al costado y compartir la hegemonía con las potencias en ascenso, o bien adapta su hegemonía a los desafíos actuales.

Palabras clave: Estados Unidos, Hegemonía, Nacionalismo, Aislacionismo, Dominación.

1. Licenciada en Relaciones Internacionales por la UCA. Cofundadora de Politeia Argentina. Asistente de investigación en el marco del Programa de Estudios sobre los Estados Unidos - UCA. Investigadora y creadora de contenido para Instinto Político.

Abstract: In recent years, and mainly in the “Trump Era”, American society has made evident that there is not enough consensus on supporting the social costs of hegemony. In the case of the United States, its hegemony is built upon its preeminent military presence in the world, its high economic investment in international organizations, being the international financial center and being the main promoter of democratic and liberal ideals around the world, among other things. American hegemony is being challenged by its society’s nationalism and by the new capabilities of other world powers. In this context, a number of potential scenarios arise. The United States will have to decide, whether to maintain the *statu quo*, to step aside and share its hegemony with the rising global powers or to adapt its hegemony to current challenges.

Keywords: United States, Hegemony, Nationalism, Isolationism, Domination,

Introducción

Luego de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos (EE. UU.) se convirtieron en un actor clave en el escenario internacional. Pasada la Segunda Guerra Mundial, este país se colocó como aquél que encabezaba uno de los bandos del mundo bipolar. Ya finalizada la Guerra Fría, se coronó como el líder indiscutido del sistema internacional, sin competencia ni cuestionamiento alguno.

Durante la última década del siglo XX, el país del norte se hizo presente en todo el mundo: préstamos, inversiones, relaciones diplomáticas, alianzas y fuerzas militares, por no seguir mencionando más ejemplos. Luego del atentado a las torres gemelas, los Estados Unidos probaron al mundo cuán lejos estaban dispuestos a llegar para proteger a su nación y al mundo. Por si antes eso estaba en duda, a partir del 11 de septiembre (11S), EE. UU. se convirtió en el “policía del mundo” (Dalby, 2008). Uno de los elementos de la Doctrina Bush era la sensación de que la paz y la estabilidad internacional requerían que EE. UU. afirmara su primacía en la política mundial (Jervis, 2003).

Ser el primero, sin importar a qué precio, fue poco cuestionado hasta la Era Trump. Ser el hegemón da un poder incomparable, pero conlleva costos difíciles de afrontar. Ser aquél que más dinero, capital humano y material bélico invierte para mantener el orden mundial supone un costo social muy alto. El discurso que versa sobre los intereses nacionales en el exterior cada día queda más obsoleto y se hace difícil de sostener.

Es por esta razón que aparece la idea de un EE. UU. ajeno a todo aquello que no es de su interés real, es decir, su propia nación: “El futuro no pertenece a los globalistas, sino a los patriotas”, expresó Trump ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en el año 2019. Autores como Walt (2018) plantearon que Trump, lejos de liberar a los Estados Unidos de compromisos en el mundo, mantuvo los existentes y además generó nuevos: involucró más tropas en Afganistán y aumentó esfuerzos para acrecentar las tensiones con Corea del Norte, Irán y China. No obstante, haya sido puesto en práctica o no, el discurso aislacionista tuvo mucha recepción por parte de la sociedad estadounidense y expone la necesidad de transformar los modos de ser hegemón, en caso de querer seguir siéndolo.

Por mucho tiempo EE. UU. se hizo cargo en gran proporción de cuestiones como la seguridad internacional, la estabilidad financiera global y la dirección y financiamiento de los organismos internacionales. Sin embargo, la complejidad actual del mundo hace que EE. UU. quizás no pueda afrontar esos costos como lo hacía antes o que al menos no quiera hacerlo solo, como ocurrió al finalizar la Segunda Guerra Mundial (Ikenberry, 2001).

Hoy queda en los estadounidenses preguntarse si quieren continuar ocupando el primer puesto (sin importar los costos que eso conlleva) o si están dispuestos a conformarse con menos estatus con tal de enfrentar menos costos. Aunque también existe una tercera alternativa: seguir siendo hegemón, pero de un modo distinto.

Dividiremos el trabajo en función de cómo se está modificando esta hegemonía. Un primer apartado se dedicará a la noción de Imperio Americano de Simon Dalby (2008). En la segunda sección hablaremos de algunas de las distintas variables que construyen la hegemonía americana y cómo estas se están movilizand: fuerzas militares, inversión en organismos internacionales, poder económi-

co, promoción del liberalismo y ser la primera potencia mundial. En una tercera sección debatiremos sobre escenarios posibles. Por último, finalizaremos con conclusiones en lo que respecta a la hegemonía americana a partir de ahora.

Construcción del Imperio Americano

Para entender qué está pasando con la hegemonía americana, quizás podríamos empezar por comprender sus fundamentos y modos de ser. Hay muchos que asocian la supremacía norteamericana con la idea de imperio. Según Dalby (2008), la noción de un Imperio Americano surge a partir de la analogía que puede hacerse entre EE. UU. y el antiguo Imperio Romano. Hay distintas características de este último que nos permiten entender mejor esta premisa. Empecemos recordando que originalmente las fuerzas militares del Imperio Romano han tenido dos funciones principales: patricular las periferias contra las amenazas externas, y la pacificación, administración y vigilancia interna. Roma, como único capaz de llevar orden y paz al imperio (*Pax Romana*), encuentra su espejo en un EE. UU. que asumió la responsabilidad de asegurar al mundo luego del 11S, donde la geografía del peligro se fusionó con un imaginario imperial de vencer una guerra contra una amenaza global (Dalby, 2008).

Otro dato crucial sobre la noción imperial es que los imperios participaban en guerras contra organizaciones políticas periféricas y militarmente débiles. Si bien no podemos decir que los grupos a los que enfrenta EE. UU. en la periferia son débiles, sí tienen una capacidad militar reducida en relación a los estados. Este tipo de adversarios son los que viene enfrentando EE. UU. en el Tercer Mundo y Medio Oriente, como lo es Al-Shabbaab en Somalia o lo fue el Ejército de al-Mahdi en Irak.

Otra característica para tener en cuenta es la capacidad de un imperio de movilizar legiones de infantería pesada de una parte del imperio a otra relativamente rápido, algo que la marina, la fuerza aérea, la vigilancia espacial y la comunicación estadounidense hoy tienen más que resuelto. La presencia militar romana, como recordatorio del poder imperial, podría ser comparada con la presencia

militar estadounidense en distintas partes del mundo, como, por ejemplo, su presencia militar y rol de observador en los procesos de reconstrucción política en Medio Oriente.

Sin embargo, algo que comparten también estos dos es la incapacidad de mantener legiones dispersas a largo plazo. En ambos casos, esto expuso la necesidad de utilizar tropas auxiliares locales para la pacificación “imperial” y las operaciones policiales. Esto se ve plasmado en todas las guerras “*proxy*” o guerras por delegación que se dan actualmente, donde EE. UU. no pelea directamente en los escenarios de conflicto sino apoyando, tanto discursiva como militarmente, a milicias o grupos locales.

Existen varias formas de ver a este “Imperio Americano”, pero hay tres visiones que resultan interesantes para este debate, las cuales son las de Michael Ignatieff, Alain Joxe y Thomas Barnett (Dalby, 2008). La primera plantea la idea de un *Imperio Lite*. En este caso, las tropas estadounidenses tienen un alcance global, pero no tienen la capacidad de mantener guarniciones sustanciales durante períodos prolongados, ni tampoco tienen la capacidad de “construir naciones”. En este caso estaríamos frente a una sublimitación imperial.

Por su parte, la teoría respaldada por Alain Joxe supone que este poder no busca “conquistar” sino sólo enriquecerse a sí mismo. Según estas ideas, EE. UU. está sosteniendo este Imperio “inconquistando”, es decir, eludiendo los requisitos que Maquiavelo puso de manifiesto: la obligación de enriquecer a los pueblos conquistados tanto como a los conquistadores (Dalby, 2008). Más que el ordenador del mundo, Joxe llama a este imperio el “Imperio del Desorden”, porque EE. UU., lejos de promover un crecimiento sostenido de su imperio, arma su recorrido en función del control de los recursos. Por lo que, si tiene que desordenar regiones para lograrlo, lo hará.

La lógica de Barnett, en cambio, es menos rebuscada. Para él, EE. UU. es el encargado de ayudar a las partes remotas del mundo a conectarse con el núcleo globalizado. Los peligros del mundo se generan por la falta de conexión de las regiones aisladas al centro global, donde ese núcleo sería un garante de paz y seguridad. Sin embargo, en su opinión esto no sería un imperio. EE. UU. no reduce la brecha para conquistarla, sino para invitar a otros a unirse a algo

mejor. EE. UU. ayuda a construir la conectividad, dejando que los pueblos elijan qué hacer con esos lazos, esa comunicación y todas esas posibilidades. A diferencia de las otras dos posturas, Barnett argumenta que las fuerzas estadounidenses deben ser ampliadas al punto tal de convertirse en administradoras del sistema, llamando a una “conquista temporal” de los pueblos aislados, de manera tal de civilizarlos y pacificarlos, y así conseguir su libertad.

Estas nociones del Imperio Americano nos permiten contar con distintas visiones sobre cómo es y el objetivo que puede tener la hegemonía americana. Hoy en día, esta se encuentra cuestionada y resulta interesante ver ahora qué bases de la estructura se están moviendo y cuáles podrían ser sus consecuencias.

Una hegemonía en cambio

El poder “real” como principal protector

EE. UU. suele ser uno de los primeros en desplegar tropas por distintas partes del mundo ante las amenazas prominentes a la seguridad internacional. Uno de los ejemplos más claros fue la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1949, por medio de la cual se comprometía con la seguridad europea ante las amenazas provenientes de la Unión Soviética (Ikenberry, 2001). Otra región que cuenta desde hace mucho tiempo con la presencia activa estadounidense es Medio Oriente. La inestabilidad política en la región, su abundancia en recursos energéticos y el desarrollo del terrorismo religioso dieron lugar al mandato estadounidense de ordenar esa parte del mundo. No lo hace solo, pero sí es quien más presencia tiene o al menos quien más costos, tanto económicos como políticos, asume por la intervención. Japón es otro ejemplo concreto del compromiso estadounidense con la seguridad mundial. El Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua (1960) compromete a EE. UU. con la seguridad del país insular. Esto obliga a EE. UU. a mantener una gran cantidad de bases en el Pacífico, las cuales suponen muchos recursos económicos y humanos en la causa.

Asumir el rol de estado protector de la seguridad global conlleva ser tomado en serio y poder exigir condiciones que otros estados

no están en posición de pedir. Pero también supone invertir mucho dinero y asumir nuevos peligros. En cuanto a la inversión, es muy abundante el dinero que se destina a bases y tropas en el mundo, y si a esto le sumamos la cantidad de gente que se arriesga por mantener esa seguridad, el costo se hace inevitablemente más alto. Es verdad que todas esas inversiones militares generan más puestos de trabajo y más población empleada, pero el problema aparece cuando los soldados están dentro del conflicto y ya no hay marcha atrás.

El funcionamiento de los organismos internacionales gracias a los Estados Unidos

No es novedad que EE. UU. es el país que más invierte en muchos de los organismos internacionales. Por mencionar tan solo algunos ejemplos, del 100 % del presupuesto destinado a las Misiones para el Mantenimiento de la Paz de las Naciones Unidas, el 27,89 % (2021) es aportado por EE. UU., seguido recién por China, que aporta un 15,21 % (2021) (ONU, 2021). De las contribuciones pactadas en el ciclo 2018-2019 para la Organización Mundial de la Salud (OMS), EE. UU. estaba obligado a aportar un 22 % de ellas, cuando el siguiente país con mayor aporte fue Japón, invirtiendo menos de la mitad (9,7 %) de lo hecho por EE.UU.

Es verdad que estar en esa situación le permite tomar decisiones como ningún otro, pero también es cierto que si la población no ve resultados concretos y eficientes de esas inversiones puede que no esté dispuesta a mantenerlas. Una demostración de este pensamiento fue la decisión del exmandatario Donald Trump de retirarse de la OMS en medio de una pandemia.

¿Primero el dólar?

Durante muchos años EE. UU. fue el epicentro de las relaciones económicas, financieras y comerciales a nivel mundial. Eso significó que lo que hiciera o dejara de hacer con su economía podía afectar a cualquier país del mundo.

Si bien hoy Wall Street sigue siendo el centro financiero internacional, y la economía estadounidense tiene impacto en todo el mundo, muchos países están desafiando su supremacía y están demostrando que la dependencia de otros países con respecto a EE. UU. podría ser relativa. Si tomamos como criterio la capacidad de asegurar la provisión de bienes públicos a nivel global, países como Rusia y Alemania no logran alcanzar a EE. UU. en gran escala, por lo que este último no encuentra tantos competidores. No obstante, encuentra a uno muy poderoso: la República Popular China (Actis y Creus, 2018). Este país, con la promoción de la nueva ruta de la seda, entre otros proyectos, busca armar un circuito comercial donde no sólo sea el líder, sino que también logre la dotación de recursos necesarios para poder despegar más aún a nivel mundial (Malena, 2018). Es tal la competencia entre estos dos países que muchos académicos hablan de una bipolaridad en el sistema internacional.

En otro ámbito económico donde EE. UU. está siendo alcanzado es en la ciencia y la tecnología, aplicadas a la producción en masa. Esto quedó expuesto con la producción de las vacunas para combatir el COVID-19. No fue sólo EE. UU. sino también Rusia, Alemania, Inglaterra, India y China quienes demostraron tener una gran capacidad productiva. Todavía no sabremos quién terminará produciendo más o ganando más dinero al respecto, pero sí sabemos que la vacuna no será objeto de un monopolio comercial.

Por otra parte, cabe aclarar que la geoeconomía está tomando el lugar de la competencia geopolítica, lo que significa que la lógica de la guerra empieza a estar inmersa en la trama comercial (Luttwak, 1990). A pesar de que exista la interdependencia en el área económica y comercial, las fronteras estatales no desaparecieron, y los estados, al quedar la guerra un tanto obsoleta, empezaron a competir en aquello que hoy les importa más: sus intereses económicos. Actualmente, la seguridad, la prosperidad y el poder vienen de la mano de ganancias económicas. Es por esta razón que los estados están más atentos a estas últimas antes que a la carrera armamentista.

Los estados están creciendo y encontrando su lugar en la red económica internacional, no estando EE. UU. del todo preparado para que otros países del mundo estén en condiciones de competir con él en este rubro. Además, hay cuestiones de esta nueva moda-

lidad que escapan a su control, como el poder de las corporaciones privadas y/o multinacionales.

Crisis de gobernanza global pero no crisis del sistema liberal

“Estados Unidos siempre elegirá la independencia y la cooperación sobre la gobernanza, el control y la dominación globales” (Trump, 2018). En 2016, por primera vez desde 1930, Estados Unidos eligió un presidente que fue hostil frente al internacionalismo liberal (Ikenberry, 2018). Esto puso de manifiesto una crisis del liderazgo hegemónico estadounidense, aunque no necesariamente del sistema liberal en sí. Según Ikenberry (2018), esto no supone la caída de la ideología liberal en el mundo, aunque existen visiones que sostienen que la hegemonía occidental es la única capaz de defender esta ideología en el mundo.

Los esfuerzos de EE. UU. por hacer prevalecer el orden liberal llevaron paz, bienestar social y orden político a muchas partes del mundo, como lo ocurrido con la Alemania Occidental del siglo XX. Sin embargo, también le costó muchas guerras, como la intervención en Irak; rupturas de relaciones diplomáticas, como fue el caso de Irán; y tensiones y hasta amenazas a su propia seguridad, como lo ocurrido en sus relaciones con Corea del Norte. Esto no significa que el orden liberal caiga en desuso, pero sí que a su principal promotor le pueda estar costando defenderlo sin asumir grandes consecuencias.

Otras potencias en ascenso

EE. UU. ya no es el único país con capacidad de sacar a flote al mundo. Desde la perspectiva económica, ya vimos cómo China se convirtió en la principal competencia comercial y económica de EE. UU., o cómo la vacuna del COVID-19 mostró que hay muchos países con capacidad de hacerse notar en el desarrollo científico, y, por ende, en el comercio internacional.

Desde la perspectiva militar, tanto en lo que fue la operación Tormenta del Desierto en Irak o la llamada “guerra contra el terro-

rismo” luego del 11S, fue EE. UU. quien lideró, entre 1990 y 2010, aproximadamente, las operaciones contra un único enemigo en Medio Oriente, el fundamentalismo islámico. Por el contrario, la década pasada fue protagonista de otros líderes luchando contra el mismo adversario de EE. UU. Uno de esos nuevos actores fue la Federación Rusa, quien lideró su propia coalición contra el Estado Islámico. Sin embargo, no es la única. Mientras acompañaban a EE. UU. en su coalición, fueron sus propios aliados quienes tomaron un rol mucho más preponderante en las misiones contra el terrorismo. Nos referimos a países como Turquía, Israel o Francia.

Además, cabe destacar la presencia de una especie de Guerra Fría en Medio Oriente durante la década anterior. EE. UU. se enfrentó a sus pares del Consejo de Seguridad, a saber, Rusia y China, en guerras interminables que dejaban en evidencia la verdadera competencia bélica que existe entre las principales potencias mundiales.

Distintos escenarios posibles

Frente a la complejidad de este mundo, el cual no es más unipolar y se acerca más a uno multipolar, EE. UU. enfrenta desafíos que ponen en jaque su rol preponderante en él. Eso no significa que no sea más hegemón ni que pierda ese estatus, simplemente significa que el mundo se está movilizándose y no todo es como solía serlo.

Ante esta situación hay muchos escenarios posibles. Uno de ellos podría ser poner todos los esfuerzos para mantener el *statu quo*. Eso quiere decir, buscar mantener su hegemonía en los términos y condiciones en los que se encontraba hasta antes de la aparición de los discursos nacionalistas y aislacionistas. Esto, que Posen y Ross (1996-1997) llamarían “la estrategia de la primacía”, significa mantener la presencia militar en el mundo, seguir invirtiendo la mayor cantidad de dinero posible en los organismos internacionales, negociar lo que sea necesario para ser el socio económico y comercial de la mayor cantidad de países posibles e intervenir en donde corresponda para promover el sistema liberal. Esto podría venir acompañado de recuperar el discurso que versa sobre los intereses nacionales en el exterior, de modo tal que la sociedad acom-

pañe la decisión de mantener los esfuerzos tendientes a sostener esa hegemonía rígida. A su vez, esta alternativa supone la necesidad de no permitir que las potencias en ascenso tomen un rol preponderante, por lo que se seguirán generando fricciones ante la negativa estadounidense a que estos países se conviertan en potencias mundiales.

Otra forma de actuar por parte de EE. UU. podría ser dar un paso al costado y velar por lo que Posen y Ross (1996-1997) denominaron “neo-aislacionismo”. Esto conlleva a que sus compromisos militares en el exterior, los financiamientos que otorga a los organismos internacionales, los esfuerzos por ser el centro de la economía y el comercio mundial, y sus intervenciones en los sistemas políticos no democráticos y antiliberales sean cada vez menos. Además, daría espacio para que las potencias en ascenso se consoliden como tales, lo cual abriría la posibilidad de que EE. UU. asuma un rol prescindible más que imprescindible en la política internacional.

Por último, podría darse una tercera alternativa, donde EE. UU. no pierde su rol preponderante pero acepta la necesidad de compartir los costos de la hegemonía con otros poderes. Aceptar la necesidad no sólo supone aceptar la entrada de otros actores al juego de toma de decisiones, sino también saber pedir ayuda. Esto no significa perder importancia. La posición que ocupa hoy EE. UU. en el tablero internacional le permitirá mantener su gran imagen, por lo que su rol de líder no desaparecería. En realidad, lo que supone esta opción es que EE. UU. se convierta en un *primus inter pares*, donde sea el primero entre iguales. Ser igual a otros implica conservar el mundo en orden pero con el esfuerzo de varios; y ser el primero le permitirá ser el más importante dentro de esos varios. Al fin y al cabo, el objetivo del hegemón debe ser contener el orden y la estabilidad internacional, pero eso no significa que tenga que hacerlo sólo. Construirlo en conjunto no sólo asegura un orden más rápido y fácil, sino que garantiza una manutención a lo largo del tiempo. Esta estrategia combina elementos de las llamadas estrategias de compromiso selectivo y seguridad cooperativa (Posen y Ross, 1996-1997).

Esta forma distinta de vivir la hegemonía supondría, en primer lugar, no ser el único responsable de mantener al mundo seguro. La seguridad es problema de todos y no de un solo país. No decimos

que EE. UU. haya hecho todo el trabajo durante estos años, sino que el resto de los países podrían tener un mayor compromiso con un mundo que también les pertenece. EE. UU. no debe olvidar que, con tal de no perder la protección estadounidense, los demás países posiblemente estén dispuestos a aumentar sus esfuerzos para defender la paz y la seguridad internacional.

En segundo lugar, implicaría exigir cuotas más proporcionales y justas en los organismos internacionales, donde los países saben que sin EE. UU. muchos de estos podrían dejar de funcionar o quedarían obsoletos. Esto último no se daría sólo por una cuestión de financiamiento, sino por la importancia de su voz para su funcionamiento. La anarquía internacional genera inseguridad a cualquier país, pero la gobernanza global tampoco funciona solo, requiere de líderes que la guíen. Sin estos, las organizaciones internacionales caen en desuso. A partir de esta premisa, EE. UU. se vuelve no sólo importante, sino necesario para el funcionamiento del multilateralismo, lo que le da margen de maniobra para pedir y recibir aquello que demanda.

En tercer lugar, en cuanto a la competencia económica, significaría que EE. UU. pueda asumir las consecuencias de la interdependencia producto de la globalización misma y cooperar para que no haya obstáculos. Es muy difícil pensar que no querrá competir con China por mantener la supremacía, pero a la vez generar fricciones con este país quizás no sea la salida más conveniente. Como bien mencionan Actis y Creus (2018), China es el principal tenedor de dólares y bonos del Tesoro estadounidense, además de que tiene la mayor reserva mundial de divisas y es el mayor inversionista extranjero en deuda del gobierno norteamericano. Cualquier movimiento de China en ese espacio puede perjudicar a la gran economía estadounidense. Sin embargo, aunque esto parezca una ventaja para China, esta última sabe que, si intenta perjudicar a EE. UU. vendiendo masivamente sus valores, pierde valor la propia reserva que tiene en su poder. ¿Qué significa esto? Que si, en última instancia, ninguno podrá terminar de perjudicar al otro, generar fricciones que no devendrán en nada no tiene tanto sentido como sí lo tiene intentar cooperar en el marco internacional.

En cuarto lugar, traería consigo seguir velando por el liberalismo, pero sin imponerse por la fuerza ni haciéndolo sólo. Según

Ikenberry (2018) y Fukuyama (1989), el internacionalismo liberal es el sistema ganador por excelencia. Siguiendo esta línea y amparándose en los principios de la Carta de las Naciones Unidas, documento respaldado por la mayoría de los estados que albergan la tierra, conformarse con que el liberalismo en lo relativo a lo político no sea respetado no debería ser opción. Pero no por eso EE. UU. tiene que ser el único que luche por la libertad y los Derechos Humanos. Si bien contar con un grupo que lo respalde no sería novedad, el compromiso podría ser más exhaustivo y además extenderse a otros países que EE. UU. no contaba como aliados, y hasta quizás los consideraba “enemigos”.

En quinto lugar, implicaría que más potencias ocupen la “mesa chica”. Esto significa que EE. UU. podría dejar de ver al mundo como uno unipolar, donde él solo es el líder, o un mundo bipolar, donde Rusia es su contracara en el Consejo de Seguridad. En este escenario posible, EE. UU. promovería la visión de un mundo multipolar, donde existe la competencia entre los pares pero eso no los convierte en enemigos. Al contrario, los verdaderos adversarios no son otros estados sino aquellos que atentan contra la existencia del estado mismo. En lo relativo a lo militar, los países ya saben que juntos pueden proteger al mundo. Nadie niega la existencia de intereses superpuestos, pero para explotar esos intereses, primero el mundo debe estar seguro. Y en lo relativo a lo económico, la interdependencia compleja de la que hablan Robert Keohane y Joseph Nye (1989) demuestra que los países necesitan más de lo que reconocen. Si China y EE. UU. no van a la guerra, no es sólo por el temor que despiertan sus capacidades, sino también porque la confrontación traería pérdidas significativas para ambos (Actis y Creus, 2018).

Consideraciones finales

Las cosas ya no son como lo eran en la década del noventa. EE. UU. no perdió su estatus de gran potencia, pero hoy no es el único país con poder. A pesar de sus tantos competidores, todavía sigue siendo el principal decisor mundial y sobre quien recae gran parte de la gobernanza global. Con un sistema ideológico y eco-

nómico predominante, además de sus grandes capacidades militares, el poder estadounidense sigue siendo indiscutible. No obstante, ninguna condición de este tipo es para siempre. El mundo cambia y la posición de los países en él también. Tal como alguna vez Inglaterra le pasó el mando a los Estados Unidos, este último podría tener que hacerlo con algún país emergente en las décadas que siguen. Las condiciones actuales lo obligan a replantearse su rol en el mundo.

Es evidente que los costos que viene asumiendo desde hace treinta años aproximadamente (sin tener en cuenta todos los asumidos durante la Guerra Fría) están siendo cuestionados y, salvo que sean modificados, los estadounidenses cada día serán más reacios a seguir asumiéndolos. Eso no significa que el magnate norteamericano no pueda usar su gran poder, para cambiar los modos que tiene de proyectarse en el mundo, sin dejar de ser el primero en la fila. Pero queda en él decidir si pelear por conservar la estructura actual, dar un paso al costado, o adaptar su hegemonía a las demandas de la nueva década.

Referencias bibliográficas

- Actis, E. y Creus, N., “China y Estados Unidos”, *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 18, Núm. 3, 2018, pp. 8-14. Disponible en: www.fal.itam.mx (consulta: 4 de marzo de 2021).
- Dalby, S., “Imperialism, Domination, Culture: The Continued Relevance of Critical Geopolitics”, *Geopolitics*, 13:3, 2008, pp. 413-436. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1080/14650040802203679> (consulta: 5 de marzo de 2021).
- Fukuyama, F., “The End of History?”, *The National Interest*, No. 16, Summer 1989, pp. 3-18. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/24027184> (consulta: 8 de marzo de 2021).
- Ikenberry, J., *After Victory. Institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2001.
- Ikenberry, J., “The End of International Order?”, *International Affairs* 94 (1), 2018, pp. 7-23.
- Jervis, R., “Understanding Bush doctrine”, *Political Science Quarterly*, 118:3, 2003, pp. 365-388.

- Malena, J., “La Gran Estrategia de China en la era de Xi Jinping”, en Elsa Llenderozas, *China, Rusia e India en América Latina. Un enfoque multidimensional*, Buenos Aires, UNDEF, 2018.
- Luttwak, E., “From Geopolitics to Geo-Economics: Logic of Conflict, Grammar of Commerce”, *The National Interest*, No. 20, 1990, pp. 17-23. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/42894676> (consulta: 4 de diciembre de 2020).
- Nye, J. y Keohane, R., *Power and Interdependence: World Politics in Transition*, Little, Brown and Company, 1989.
- Posen, B. y Ross, A., “Competing visions for U.S. grand strategy”, *International Security*. 21:3, 1996-97, pp. 5-53.
- Walt, S., *The Hell of Good Intentions*, NY, Just World Books, 2018, Capítulo 6.
- Vásquez Jaramillo, D., “Estados Unidos - Japón: el dilema militante de un antiguo imperio”, *Revista Mundo Asia Pacífico*, Universidad EAFIT, 2018.
- Sitios web
- Guimón, P., “Trump, en la ONU: ‘El futuro pertenece a los patriotas, no a los globalistas’”, *El País*, 2019. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2019/09/24/actualidad/1569343093_534218.html (consulta: 9 de marzo de 2021).
- Trump, D., “Discurso de Donald Trump ante la Asamblea General de las Naciones Unidas”, *White House*, 2019. Disponible en: <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-73rd-session-united-nations-general-assembly-new-york-ny/> (consulta: 5 de diciembre de 2020).
- Presupuesto 2021 de las Misiones para el Mantenimiento de la Paz de la Organización de las Naciones Unidas. Disponible en: <https://peacekeeping.un.org/> (consulta: 6 de marzo de 2021).
- Escala de contribuciones para 2018-2019 de la Organización Mundial de la Salud. Disponible en https://apps.who.int/gb/ebwha/pdf_files/WHA70/A70_R9-sp.pdf?ua=1&ua=1 (consulta: 7 de marzo de 2021).